

El cuarto número de *Armiliar* aproxima al lector a algunas variantes metodológicas que en los últimos años encontraron un inesperado caudal de renovación y de continuidad.

En números anteriores los trabajos reunidos en las diversas secciones supieron expresar la multiplicidad de voces que una disciplina intelectual de tradición histórica acoge y revitaliza en el devenir de su tiempo. En ese sentido, la historiografía del arte latinoamericana ha adquirido, hace ya varias décadas, la densidad y la autosuficiencia necesaria para disputar y para imponer una visión integral del arte sin recurrir a defensas periféricas o a paternalismos europeizantes. Al mismo tiempo, el desarrollo de las teorías artísticas e históricas alejadas de los tiempos que las vieron nacer, recuperaron una sensibilidad perdida que implica la apropiación y la transformación de estos enfoques una vez puestos a defender criterios estetizantes y hegemonías extranjeras.

En este contexto, el estudio del devenir de una disciplina como la Historia del Arte se parece más a un *campo de batalla* que a un árido recorrido por tendencias esgrimidas por autores y autoras que debaten la legitimidad de uno u otro artista, movimiento o teoría. Un campo de batalla que se mantiene, paradójicamente, lejos y cerca de la propia tradición disciplinar, siempre en miras de revisión y de reactualización. Por ello, el biografismo de Giorgio Vasari (siglo XVI) está tan cerca y tan lejos del que José León Pagano elaboró para el arte argentino a principios del siglo XX, como lo están ambos del mundo actual. Lejos, pues, la sensación superficial es la de un cambio vertiginoso y la de un efecto de caducidad para cualquier teoría basada en algún esencialismo. Cerca, porque es tal el espectro cultural que hoy se pone a consideración, que parece poco operativo continuar con un impulso beligerante y concienzudo de avance o de progreso unilateral en el mundo de la teoría del arte.

Sobre estos puntos, la historiografía todavía mantiene una gran ventaja puesto que es capaz de reunir en el mismo anaquel, perspectivas lejanas y cercanas en el tiempo para mostrar antagonismos y continuidades en igualdad de condiciones. Así, *la ley del buen vecino*, que recupera el estudio historiográfico, permite trazar genealogías sobre aquello una vez agrietado por un debate ya zanjado o rescatar una perspectiva que parecía agotada por el peso de su propio devenir.

En ese sentido, los trabajos que se reúnen en este cuarto número pueden concebirse en gran parte como *cuentas pendientes*, como deudas puestas al servicio de este nuevo contexto de debate y de cambio sobre el tiempo histórico. A estos fines, en el primer artículo, Catalina Aldama desarrolla un cruce entre la teoría económica y la iconología en pos de presentar una posible genealogía de la iconografía de *Dánae y la lluvia de oro*. Este estudio del mito que relata la concepción de Perseo y su peculiar representación, combina una serie de principios deductivos que van desde la reposición iconográfica y la lectura de fuentes, a la interpretación de los cambios sociales sobre el significado del oro, su imagen y su valor a lo largo del tiempo. De este modo, el tema de Dánae sirve para introducir valoraciones culturales, económicas e incluso esotéricas, y arrojar luz sobre un tema tradicional que por siglos tuvo un éxito extraordinario. Así, bajo la lupa de un estudio profundo, se revela la lejana eficacia de un motivo tradicional al tiempo que se anuncia —como sucediera con *Susana y los viejos*— una crítica sobre estas imágenes de feminidad pasiva, acompañada de la exigencia por una transformación simbólica.

En otra rúbrica, el trabajo de Julieta Vernieri recupera nuevamente las maneras de la iconología para adentrarse en el estudio de los calcos medievales que se exponen en los pasillos de la Facultad de Artes (FDA) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Ante una colección que demanda estudios específicos, el trabajo de Vernieri opta por rescatar la historia material de tres motivos extraídos de la fachada de Notre-Dame que forman parte de la importante colección de calcos. La cuenta pendiente toma la forma de un compromiso patrimonial, nunca saldado del todo, con la reposición de una pervivencia ecléctica y anacrónica que se enmarca en el devenir de una institución. Los calcos, provenientes de diversos lugares de Europa, forman parte de la historiografía del arte de la ciudad, pues a principios del siglo XX fueron emplazados en el Museo de La Plata y utilizados para la enseñanza de las artes visuales hasta 1936, cuando el museo cambió de perspectiva y los calcos fueron trasladados a la primera sede de la Escuela Superior de Bellas Artes. En 1974, alrededor de esa colección, se fundó la Facultad que hoy los contiene. La misma institución, renombrada en 2019 Facultad de Artes, guarece a los viejos calcos en sus pasillos como testigos mudos de este devenir. Su estudio y su revalorización son prueba fehaciente de la necesidad de una historiografía del arte que se encargue de los objetos, de su historia material y de su importancia patrimonial.

En esa misma clave, el trabajo de Ariel Slavutsky insiste en el pago de estas cuentas patrimoniales al reseñar la construcción de la plaza de la fundación de San Miguel de Tucumán (1935) y la inclusión de los pueblos originarios en la iconografía oficial de Argentina a través de monumentos públicos. La necesidad de una identidad múltiple para el país supone de nuevo, en una escala mayor, la necesidad de repensar la historia simbólica como terreno en permanente disputa.

Con estas ideas en mente, los últimos aportes de este número derivan de trabajos finales de alumnas de Historiografía del Arte II de la FDA, que abordan debates contemporáneos a partir de la recuperación de enfoques historiográficos. Por un lado, Sara Migoya esboza algunas ideas sobre el *Nachleben* warburgiano para pensar sus límites y transposiciones posibles en el estudio del arte latinoamericano. Por otro, Ludmila Polcowñuk recupera la obra de Graciela Sacco para sugerir de qué forma el debate sobre la teoría feminista del arte, absolutamente transformada desde Linda Nochlin hasta hoy, se inserta en nuevos y complejos escenarios latinoamericanos.

Finalmente, *Armiliar 4* termina con una entrevista a Fernando García Curten realizada por Rocío Iannone. En la lectura, que recupera el timbre de voz de una conversación con un gran artista, se oyen dispersos los ecos de esta necesidad historiográfica. Presto a recordar su vida, sus influencias y sus amistades, el diálogo devela entretijos de una época cercana y lejana por los mismos (y otros) motivos que antes mencionamos. Felipe Noé, Abelardo Castillo, Francis Bacon y el propio Curten, entre otros, son los protagonistas de la historiografía por venir, pronta a escribirse y siempre en transformación. Así, en un contexto quizás más verdadero, los recuerdos de la casa paterna, los viajes y las maneras propias de la creación artística en la voz de un escultor de trayectoria, nos devuelven la potencia del anecdotario vasariano como si este nunca hubiera desaparecido de nuestro instrumental metodológico. Con ello, y con la promesa de continuar, la biblioteca historiográfica se acerca y se aleja otra vez por un camino que ya anuncia nuevos desafíos por venir.

Lic. Federico Ruvitso
Asistente editorial de Armiliar